

Jesús es el gran Sumo Sacerdote:

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del Nuevo Pacto. Tercera parte

Hebreos 8:6-13

Las mejores promesas. Primera parte

Hebreos 8:10-13

Por Julio César Benítez.

juliobenitez@caractercristiano.org

Introducción

Uno de los fundamentos doctrinales más importantes de la carta a los Hebreos es el tema del Nuevo Pacto, tanto es así que el autor dedica a dicho tema los capítulos 8, 9 y 10, además de las menciones tangenciales que hace en otros pasajes. Por cierto, la disertación de esta doctrina concluye con una de las aplicaciones o exhortaciones más terribles que tiene la carta, en la cual el autor advierte que para el que peca deliberadamente no queda más remedio que una horrible expectación de hervor y fuego, puesto que pisotea la sangre del pacto que fue derramada por el Hijo de Dios.

En el capítulo ocho el autor dijo que el antiguo sistema sacerdotal y religioso de Israel era solo sombra de una realidad eterna que se encuentra en los cielos, por lo tanto, ese sacerdocio terreno estaba destinado a desaparecer, pues, no solo los ministros eran sombra del verdadero sacerdote celestial, sino que el lugar donde celebraban las ceremonias también era solo un reflejo del tabernáculo eterno.

Ahora, el autor no deja sin esperanza a los pocos fieles creyentes del antiguo pacto, pues, no se trata de desechar lo antiguo y quedar sin nada. No. De ninguna manera. El antiguo sistema religioso estaba destinado a desaparecer, pero esto con el fin de traer con ello una bendición más grande a los creyentes, pues, era necesario que desapareciera precisamente para dar lugar a uno nuevo y mejor. Ahora los creyentes judíos contarían con un sacerdote

mejor, porque este es eterno y muy cercano al Padre, contarían con una ofrenda mejor, porque esta fue realizada, no por los animales cuya sangre no limpia realmente la conciencia del pecador arrepentido, sino por el Hijo de Dios, el cual no sirve en un santuario terreno sino en el cielo mismo, donde presentó su ofrenda, la cual limpia verdaderamente los pecados, y ahora él ministra al lado de la Majestad eterna.

Pero todas estas bendiciones son resultado de un propósito eterno del Padre, el cual, desde la eternidad decidió renovar por completo el pacto que había hecho con Israel, estableciendo uno mejor y eterno, a través de la sangre de su Hijo.

El pacto con Israel, efectuado a través de Moisés, fue bueno y procuró un pueblo santo que sirviera de corazón sincero a Dios. No obstante, el pueblo de Israel quebrantó el pacto, pues, su corazón no transformado no pudo cumplir con las condiciones del mismo, sino que violó sus parámetros una y otra vez, hasta que el Señor les dijo que así como ellos dejaron el pacto, entonces él también los abandonaría.

El autor nos ha mostrado que la introducción de un nuevo pacto fue algo necesario y establecido por Dios, por lo tanto, esta doctrina no es exclusiva de la época cristiana, sino que, ya en tiempos antiguos, los propios profetas judíos hablaron del establecimiento de este nuevo pacto, tal como lo demuestra la cita que está usando el autor, de Jeremías 31:31-34, quien anunció el fin del antiguo y el inicio del nuevo pacto, establecido sobre mejores promesas.

Ahora, ¿cuáles son estas mejores promesas? El autor las resume en tres asuntos vitales: **1. La ley ya no estará más escrita en tablas de piedras sino en el corazón del creyente. 2. El conocimiento del Señor no será solo una memorización de doctrinas sino que cada uno lo conocerá de manera personal y 3. Los pecados del creyente serán perdonados y borrados de manera completa.** Esto es lo que el autor nos mostrará en los versos 10 al 13 del capítulo 8.

v. 10. *“Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mi por pueblo”*

Al comienzo del verso 10 el autor dice que estas palabras, tomadas del libro de Jeremías, realmente las dijo el Señor. Como hemos insistido en las últimas sesiones, el pacto siempre es iniciado por Dios. Y esto es lo que se resalta al comienzo del verso 10. El Señor ha decidido establecer un mejor pacto, y él estipula el contenido del mismo. Al autor de Hebreos no le interesa tanto el nombre del profeta a través del cual se hizo este anuncio, sino que él ve en cada palabra de la Escritura Sagrada la voz de Dios. Pero este pacto nuevo es un pacto mejor porque aquí no solo se ofrecen bendiciones, sino que Dios mismo se asegura de que el hombre reciba todo lo necesario para que pueda permanecer en el pacto para siempre.

Las mejores promesas sobre las cuales se asienta el nuevo pacto se dejan ver por el lenguaje positivo que usa Dios.

La primera (mejor) promesa es que Dios mismo escribirá su ley en el corazón de los beneficiarios del pacto.

Es importante analizar bien este asunto, porque esto nos ayudará a saber si realmente estamos en Cristo o no, si realmente somos salvos o no.

El pacto hecho a través de Moisés garantizaba bendiciones al pueblo si este obedecía de corazón los santos mandatos de la Ley del Señor. Una constante en las exhortaciones que los profetas daban a Israel era *“Oíd las palabras de este pacto y ponedlas por obra”* (Jer. 11:6). Toda la nación debía escuchar y memorizar las palabras de la Ley, pues, era su deber obedecerlas. El Señor les había dicho en Deuteronomio 6:6-9 *“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes, y en tus puertas”*. Este pueblo tomó tan en serio la memorización de la palabra de la Ley que se volvieron expertos en nemotecnia, eran diestros para memorizar, y se cree que los niños a los 12 años de edad ya conocían buena parte de la Ley.

No obstante, el memorizar los mandatos del Señor no garantizaba su cumplimiento. Pero ¿Cuál era el problema por el cual la gente no pudo cumplir la Ley exigida en el pacto? ¿Estaba en la Ley, en Dios o en el pueblo?

Dios es perfecto y todo lo que hace es perfecto, por lo tanto esta debilidad en el cumplimiento de la Ley no estaba en Dios. El Salmo 19:7-10 habla de la perfección de la Ley del Señor: *“La Ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que la miel, y que la que destila del panal”*. De la misma manera el apóstol Pablo también afirma la perfección de la Ley en Romanos 7:12 *“De manera que la Ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”*.

No obstante de esta perfección que hay en el dador del pacto y en la Ley misma, el pueblo no pudo cumplir con la Ley, dando como resultado el quebrantamiento del pacto. El problema estaba en los corazones de los hombres. Ellos no podían cumplir con la Ley porque los mandatos no solo deben estar en la memoria racional sino que ellos deben calar hasta lo más profundo del ser, de manera que el deleite automático del creyente, en todos los asuntos de la vida, sea actuar conforme a las estipulaciones divinas. Pero la condición del corazón de esta gente era parecida al del resto del mundo. Tenían un corazón incrédulo, rebelde y falto de amor hacia Dios. Ellos obedecían externamente la Ley del Señor, pero su corazón amaba lo contrario a esa Ley. Por eso el Señor les dijo *“Este pueblo de labios me honra; mas su corazón esté lejos de mí”* (Mt. 15:8, Is. 29:13). Ellos se deleitaban sacrificando animales, mientras que con sus hechos violaban las leyes del pacto. *“¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová?”* 1 Samuel 15:22.

El pacto requería de ellos obediencia, pero no solamente externa, sino de corazón. Por eso el Señor varias veces les dijo: *“Y amarás a Jehová tú Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón”* Det. 6:4-5.

El problema consistió en que la palabra de Dios solo estaba en la memoria de los hebreos, pero no en su corazón, por eso no pudieron cumplir las demandas divinas de la manera correcta.

Ahora, esto no quiere decir que ningún israelita amó a Dios y le obedeció de la manera apropiada. Ye leímos el Salmo 19, donde David invita a sus congéneres a desear la Ley de Dios con el alma y corazón. Los santos y los salvos en la época del Antiguo Testamento tuvieron un corazón nuevo, regenerado y habilitado para amar a Dios, pero esta no fue la condición de la mayor parte de la gente en Israel, pues, aunque eran el pueblo del pacto, y todos cumplieron con los requisitos ceremoniales y externos para ser considerados miembros de la relación pactual, no obstante sus corazones seguían siendo incircuncisos y por ende, lejos de pertenecer completamente al Señor. En Hechos 7:51, Esteban, cuando era martirizado profetizó en contra del pueblo de Israel, recordándoles lo que los profetas antiguos ya les habían dicho a sus padres: *“¡ Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros”*.

Siendo esta la condición espiritual de la mayoría de la gente en Israel, invalidaron el pacto con su desobediencia. Dios escribió la Ley en tablas de piedra, reflejando lo que había en el corazón de la gente: solo dureza y rebeldía. La ley se guardaba en la memoria, pero no podía escribirse en el corazón porque era de piedra. Es por eso que el profeta Ezequiel anuncia que vendrá un tiempo en el cual la Ley ya no estará escrita en tablas de piedra sino en un corazón sensible: *“Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios”*. Ezequiel 11:19-20.

Fue necesario entonces que el Señor anunciara un nuevo pacto, una renovación del antiguo, en el cual no solo se exigía obediencia, sino que se daba la capacidad al hombre para obedecer de corazón.

El problema siempre ha estado en el corazón humano. Podemos conocer la Ley santa del Señor, podemos saber diferenciar mentalmente lo bueno de lo malo, podemos conocer las

consecuencias de la maldad, pero esto no nos asegura que vamos a desechar lo malo para hacer lo bueno. La gente sabe que la mentira trae consecuencias, que algún día se descubrirá todo y les va a ir mal, pero, a pesar de eso, mienten. El político sabe que si hace fraude o se presta para la corrupción, un día eso se descubrirá y vendrá su ruina política y moral, no obstante, participa de la corrupción. El joven sabe que si prueba las drogas alucinógenas lo más probable es que empieza la carrera irreversible de la adicción, no obstante se deja convencer por sus amigos y participa de la “probadita”.

Así somos los humanos. La educación moral no garantiza que la sociedad mejorará en su conducta y en las intenciones de su corazón, porque tenemos una naturaleza pecaminosa la cual es rebelde contra todo lo realmente bueno.

El apóstol Pablo nos describe la condición del corazón humano: “... *No hay justo ni aún uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles: no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos*”. Romanos 3:10-18. Jesús también afirmó que la condición del corazón humano es terrible: “*Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias*”. Mateo 15:18.

Siendo esta la condición del corazón humano, entonces difícilmente podía cumplir con las demandas santas y perfectas de la Ley de Dios. De allí que fue necesario entonces, que si se iba a establecer un pacto mejor, solucionara el problema de la desobediencia humana, la cual radica, no solo en la falta de conocimiento, sino en su ser interior, en su corazón rebelde.

Así que el nuevo pacto asegura que los miembros beneficiarios de él tendrán un corazón nuevo, uno de carne, sensible, en el cual se escriba la Ley del Señor. Y esto es a lo que Cristo llama el nuevo nacimiento. Los judíos entraban al pacto por el nacimiento natural, de la carne, pero ahora los miembros del nuevo pacto entrarán en él por un nacimiento

espiritual, el cual garantiza que el corazón es transformado y hecho sensible a la Ley de Dios, la cual no solo estará impresa en las Sagradas Escrituras, sino que sus conciencias serán impregnadas por ella. La obediencia no será solo externa sino interna. Será una obediencia por amor, más que por temor. Ya el impulso mayor para obedecer no vendrá por el miedo al castigo sino por amor y agradecimiento a ese Dios que hizo tanto para salvarnos. Eso fue lo que dijo Cristo en Juan 14:15,21 *“Si me amáis, guardad mis mandamientos, el que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él”*. En esta dispensación la obediencia será gozosa y llena de amor.

Jesús mismo le enseñó esa verdad al religioso Nicodemo cuando le dijo: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*. Juan 3:3. El nuevo Israel no quebrantará nunca más el pacto porque ahora no solo tendrá una Ley perfecta y santa, sino que los corazones de sus miembros, los cuales no entran por voluntad de varón, es decir, no por decisiones humanas o por nacimiento natural, sino por voluntad de Dios y por el nacimiento nuevo que produce el Espíritu Santo (Juan 1:13), sus corazones serán transformados y la voluntad santa de Dios escrita en ellos.

El pasaje que estamos estudiando en Hebreos dice que la Ley del Señor estará escrita en los corazones y las mentes de su gente, y algunos intérpretes tratarán de hacer alguna diferencia entre mente y corazón, pero es mi parecer que el autor no hace diferencia alguna entre estos dos términos, pues, mientras en este pasaje dice: *“Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré”* en el 10:16 invierte las palabras: *“... Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré”*. Mente y corazón están “enfatisando la internalización de la ley. Tiene que impregnarse completamente en el ser moral y espiritual del hombre, hasta que la ley de Dios sea parte de él, de hecho, hasta que pueda decirse que es la ley de él mismo. Cuando esto es así, será tan natural para él obedecerla como antes era natural que la desobedeciera”¹.

El Nuevo pacto no suprime la Ley, como enseñan los antinomianos, por el contrario, capacita al creyente para que la obedezca de la manera correcta, con todo su corazón y sus

¹ Comentario bíblico Beacon. 10 Hebreos hasta Apocalipsis. Página 101.

fuerzas. Ahora hay un nuevo impulso en él que le da fuerzas no solo para obedecerla sino para amarla. Desde el momento de la regeneración o el nuevo nacimiento hay un nuevo corazón obediente. Esta obediencia obviamente irá perfeccionándose en la medida que el creyente crece en la gracia y en el conocimiento del Salvador, pero desde el primer día hay cambios reales. Ahora es una persona espiritual y por lo tanto inicia la producción de frutos espirituales, cambiada la raíz hay cambio en los frutos que se producen. Antes de tener el nuevo corazón lo normal era producir los frutos de la carne “...*adulterio, fornicación, inmundicia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas...*” (Gál. 5:19-21), pero ahora, con un corazón nuevo y obediente, transformado por el poder del Señor, el creyente, el miembro del nuevo pacto, produce de manera automática y creciente: “... *amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley*”. (Gal. 5:22).

Con gente transformada por el Espíritu de Dios, con corazones nuevos y obedientes, en los cuales está internalizada la Ley santa del Señor, si se puede hablar con propiedad de un pueblo del Señor. Está es una nación sin fronteras visibles que reconoce en la práctica al Señor como su Dios. Con la gente del nuevo pacto se cumple el deseo expresado por el Señor muchas veces a Israel: “*Y seré a ellos por Dios, y ellos serán mi pueblo*”.

Aunque los creyentes, en vida, no alcanzamos la obediencia perfecta, tenemos la esperanza de alcanzarla cuando estemos en el estado eterno y se cumpla lo que dice Apocalipsis 21:3 “*Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios*”.

Aplicaciones:

- El cristianismo no exige a los creyentes de obedecer la Ley. Por el contrario, les da la gracia para obedecerla de manera adecuada. La gracia les da un corazón lleno de amor hacia la santidad de Dios, la cual se refleja en la obediencia de Su ley. Un cristianismo sin santos mandatos es una falsificación que conduce al infierno. No sigamos las pisadas de los antimonianos que usan la gracia para libertinaje de la carne, ellos muestran que realmente

no están dentro del nuevo pacto, porque no hay mente y corazón transformado. Si aún nuestro amor por la Ley del Señor es débil, elevemos nuestra súplica agonizante ante el Trono de la Gracia para que nos colme de ese amor necesario. Que ni un solo día de nuestra vida pase sin obedecer con amor sincero los mandamientos de nuestro Señor y Salvador.

- No es posible esforzarnos para ser cristianos y así, a través de ese esfuerzo alcanzar el favor divino. No se llega a ser hijo de Dios por esfuerzos, pues, no tenemos la capacidad para alcanzar los estándares divinos. Es necesario que la gracia soberana nos alcance y nos transforme de raíz, de manera que así podamos agradecer al Señor en todas las cosas. Tenemos mandatos que obedecer, pero no alcanzamos esto por esfuerzo humano. El mero esfuerzo solo nos hará moralistas y legalistas, lo cual conduce al orgullo religioso y por ende, al infierno. Pero cuando realmente somos cristianos, cuando el Espíritu escribe la Ley del Señor en nuestras mentes y corazones, entonces amamos a Dios y nos gozamos en obedecerle. Oremos para que nuestro amor hacia él cada día sea más grande, que nuestros corazones sean henchidos, ensanchados de gratitud hacia el Salvador.

- Si aún no hay amor en tu corazón hacia los santos mandamientos de Cristo, entonces es porque todavía estas muertos en tus delitos y pecados. Pero aún hay esperanza para ti. Corre presuroso y póstrate ante el Santo Dios, suplicando que su misericordia te alcance y en su Gracia te muestre a Cristo, el fiador del Nuevo pacto, quien con su sangre derramada en la cruz, hizo la provisión perfecta para la salvación completa del hombre.